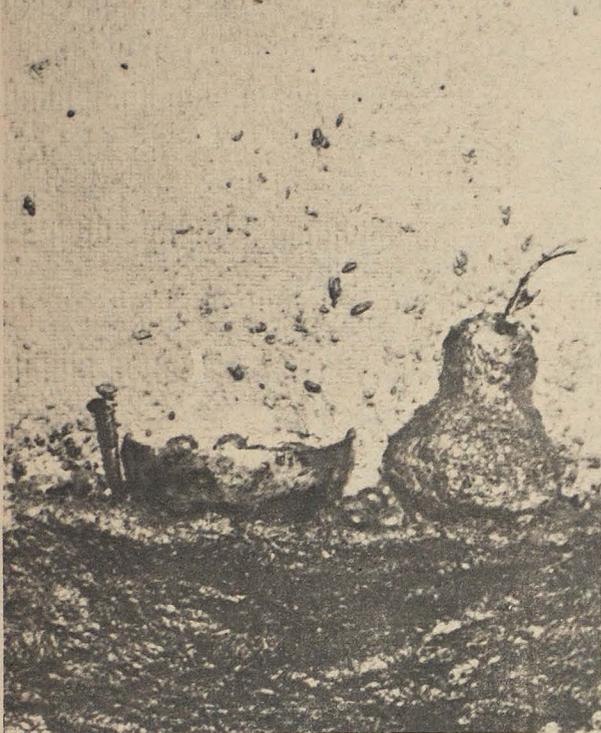


Filosofía, Arte y Letras



"Naturaleza",
acrílico de
Carlos Balaguer.

Del Duro Oficio

La Profecía de las Flores Amarillas

Por
Carlos
Balaguer

Márquez y sus cien años de amor y de olvido ha sido hasta ahora quien —después de Juan Rulfo y el maravilloso retrato de su "Pedro Páramo", novela que describe al hombre latinoamericano y su búsqueda hacia el pasado de su sangre— ha sido hasta ahora el más carnal y sentido relato sobre nuestra América Latina, colonial y desangrada de mitos y supersticiones, de amor y de soledad. Una tierra olvidada en algún rincón de la ciénaga que soporta desde la peste de insomnio hasta la lluvia profética de mariposas amarillas.

Este recordar de un pueblo que nace y se olvida cuando es "arrazada (la ciudad) por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irrepitible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra".

Antes de seguir adelante déseo aclarar que si he abordado el tema de "Cien Años de Soledad" del escritor latinoamericano Gabriel García Márquez es motivado por la insolencia de un tal Carlo Cocioli quien en una diatriba sin sentido señala a Márquez —entre otras cosas— como el autor "con un solo libro". En efecto, a pesar de que Márquez cuenta con unos cuatro o cinco libros más que yo recuerde: "Los funerales de la Mamá Grande", "El Coronel no tiene quién le escriba", "La mala hora" (su primer novela), "La Hojarasca", así como "La Cándida Eréndira y su Abuela desalmada", su obra monumental es sin duda alguna Cien Años de Soledad, porque en cierta forma en ella convergen las substancias contextuales de las demás y la leyenda inolvidable de una tierra

que, como dijera Pablo el poeta, es triste, espesa y atormentada.

Podríamos en primer lugar admitirlo. Es un solo libro quizá la obra de Márquez —como el caso de Cervantes— ¡Pero qué libro! Un libro que sólo podría tener la ridícula objeción de algún secreto resentido de su infertilidad creativa, como el caso del incierto señor Cocioli que desde el Continente más viejo —y también abrumador de soledad— arremete insensatamente hacia nuestra literatura.

Pero bien, olvidemos a Cocioli y volvamos a la profecía que arrastra la lluvia de mariposas amarillas con la llegada de Mauricio Babilonia a Macondo.

Ahí es precisamente donde converge la temática con el "Pedro Páramo" de Rulfo: en los caminos intrincados de regresar a la sangre, a un pasado atormentador lleno de culpas y sobresaltos. El último sórdido personaje de Márquez lo confirma al descifrar los pergaminos de Melquiades: "Sólo entonces descubrió que Amaranta Ursula no era su hermana, sino su tía, y que Francis Drake había asaltado a Riohacha solamente para que ellos pudieran buscarse por los laberintos más intrincados de la sangre, hasta engendrar el animal mitológico que había de poner término a la estirpe".

En fin, hay tanto en ese libro, que se podría hablar de él inagotablemente. Mientras tanto, sólo citaré la frase hermosísima del librero catalán que abandona Macondo: "...que en cualquier lugar en que estuvieran recordarán siempre que el pasado era mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso, que toda primavera antigua era irrecuperable, y que el amor más desatinado y tenaz era de todos modos una verdad efímera".

Los libros y los días

Los Dragones del Cielo

Por Ramón J. Sender

— I —

Al decir, "el cielo" me refiero no al cielo religioso sino al espacial, es decir al que vemos cada día con la luz solar y sobre todo cada noche con sus misteriosas luminarias. El profesor Carl Sagán de Cornell University ha escrito cosas interesantes sobre los animales más o menos racionales de otros mundos todavía ignorados.

Naturalmente el lector lo primero que hace es compararlos con nosotros y de un modo u otro nos resultan monstruosos. Lo mismo dirán de nosotros, ellos, el día que nos vean. Porque parece que —según otros sabios— nuestra forma natural a partir de la primera célula orgánica no debía ser la que tenemos sino más bien algo parecido a la forma de los centauros.

A mí no me parece mal la posibilidad de haber sido un centauro. Lástima que seamos como somos aunque delante de una mujer bonita cambiemos inmediatamente de opinión.

Lo que importa detrás de todo esto es la parte racional. Alberto Schweitzer dijo un día que sólo un hombre racional que tiene una visión mundial de lo que la razón humana ha hecho puede atreverse a condenar el racionalismo. Es verdad. Lo mismo podemos creer todos los demás. Pero habría que añadir que lo que el hombre racional ha hecho va implícito en su propia conducta total y que el mundo interior nuestro corresponde en profundidad y extensión abstracta a todos los mundos imaginables.

Sólo podemos imaginarlos porque existen y nosotros somos una consecuencia natural de esa existencia. Así, pues, los dragones del cielo sugeridos por la más extravagante imaginación los llevamos nosotros dentro, bien pensado.

Ciertamente se puede decir lo mismo de los ángeles, aunque estos los veamos también frecuentemente en la adolescente hermosa. Ángeles tal vez un poco diabólicos, pero nadie ha negado nunca que el diablo no tenga también naturaleza angelical.

Los seres de otros mundos no se parecen a nosotros, sin duda. Yo también estoy seguro de que existen y más aún —no se ría el lector— de que se acercan últimamente a nosotros (desde que hemos hecho pruebas nucleares) en los famosos OVNIS. Cuando estalló la primera bomba atómica alguien dijo contestando a un periodista discreto y cauto: "Sí, hay una posibilidad en treinta y dos mil de que se produzca una reacción en cadena capaz de influir bien o mal en la estructura actual del universo".

Parece que ese "uno por treinta y dos mil", debía ser bastante para que lo pensáramos dos veces antes de hacer estallar una bomba de hidrógeno, pero el dragón que llevamos dentro (una de las incontables variedades), quiso probar "a ver qué pasaba". La curiosidad del hombre ha sido siempre mayor que su prudencia.

Poemas de David Escobar Galindo

Plazo de Gracia

Donde pones el ojo,
pones la bala, tiempo,
rigurosa obsesión.

De todas partes salen
hormigas que se llevan
los cuerpos y las obras
la madera que fue partida a ciegas,
los utensilios y la floración.

Yo no rehuyo el hábito, y me digo:
Hasta mañana, en otra dimensión.

1969.

La Realidad

Pobre de ti, poesía en este mundo
de ojos contra la tierra, en este vano
reino de la apoteosis del gusano
donde es vergüenza el palpito profundo.

Pobre de ti, entre seres del segundo,
perfectamente amargos, con lo humano
convertido en vinagro, con el grano
convertido en veneno gemebundo.

Pobre de ti, poesía, y doblemente
pobre de nuestro afán irreverente,
llaga, selva, temblor, nudo y barranco.

Pero esto es sólo el aire tenebroso.
Vendrá la luz a clausurar el pozo.
La flecha del amor dará en el blanco.

1970.